

Sergio Huneeus

Recuerdos de la India

(Continuación del N.º 361-362)

KASHMIR

II



A palabra Kashmir, o Cachemira según reza el vocablo castellano acaso con menor encanto fonético, evoca generalmente el roce suave de la lana bajo la forma de una vestidura sencilla pero a la vez lujosa y grata a la piel. Las mujeres han apodado de “amoroso” ese tejido y, en verdad, los productos de Kashmir —que han sentado tradición de buena clase— son amables y acogedores mientras su pueblo, o sea los hombres que mueven sus telares, suelen ser altivos, reacios e indomables.

Un régimen de semi-independencia rige hoy los destinos del Estado de Kashmir enclavado en el rincón noroeste del subcontinente indio y cuya historia habla de cuarenta siglos cuando su primer monarca conocido, Rajá Daya Karán, eligiera para instaurar su reinado esas tierras que llamó el “Valle Feliz”. Es el estado más vasto de la India y es también un paraje de ensueño que alberga a cinco millones de seres humanos. Su clima es templado en el verano y sus lagos, de cristalino azul, se surten de vertientes que irrigan también sus

huertos, sus arrozceras y sus prados color verde esmeralda. Hay silencio y drama en sus montañas y reina sana algarabía en el valle. Dios quiso dar a este cuadro de ricos coloridos el marco imponente de la cadena del Himalaya, hermosa y austera en la soberbia de sus altos y nevados picachos. Se le menta como un sitio ideal para el descanso y, no sin buenas razones, circula allí una ingenua leyenda—difundida con cándida convicción por los nativos— que sitúa en ese precioso y preciso valle el paraíso terrenal. La meseta se alza a más o menos mil quinientos metros sobre el nivel del mar y en sus bosques y sus ríos corre liviana la brisa fresca mientras en otras tierras de la India abrasa el calor que no logran atenuar ni el huracán ni las lluvias torrenciales del *monsoon*. Extraordinariamente fértil, no sólo surte con sus productos a sus propios habitantes sino que abastece también aquellos de otras regiones vecinas. Es a la vez emporio y sitio privilegiado de turismo. Posee encantos sin par porque sus ríos, sus lagos y sus casas cuentan historias milenarias de una noble tradición.

La incontenible marcha de la civilización y con ella el término del colonialismo británico en la India, han transformado lo que sólo ayer fuera lugar de recreo en una valiosa zona de estrategia militar cuya riqueza latente codician hoy dos pueblos que fueron hermanos y que cultivaban en paz sus religiones diferentes bajo la soberanía inglesa pero que chocan por razones ideológicas, en su era independiente. El Pakistán, cuya población de ochenta millones profesa el islamismo, busca expandir sus territorios para enriquecer sus fuentes productoras mientras el gobierno de la India, que encarna el hinduismo, aspira a conservar Kashmir como una de sus más preciadas joyas sin olvidar, además, cuanto significa su posesión para mantener incólume su aureola de gran potencia donde moran cerca de cuatrocientos millones de almas.

El nombre auténtico del estado de Cachemira es *Jammu y Kashmir* e incluye en sus dominios los territorios de Ladakh, conocido como el pequeño Tibet, Baltistán, Gilgit y otras tierras menores. Las montañas del Gilgit han cobrado fama por albergar en sus desfilade-

ros las más feroces y aguerridas tribus musulmanas que viven aún bajo las normas de una civilización primitiva. Se dice de ellas que su crueldad en el combate es sólo comparable a la belicosidad bravía y sin cuartel que enorgullece a los sikhs (1). Gran parte de la superficie de Kashmir se expande sobre las cordilleras del Himalaya y sus pobladores difieren con los de otras regiones de la India. La raza kashmiri es hermosa. Esbeltos y distinguidos son sus hombres y mujeres de piel bronceada pero no oscura y de trazos finos en los que asoman del rostro los pómulos y la nariz aguileña. Los ojos azules o verdeclaros abundan en el hombre del pueblo que es el legítimo hijo de la región. Hay perfecta igualdad racial entre el musulmán y el hindú de Kashmir y ellos coinciden también en su idioma y su cultura. Su origen es ario y si hoy existen allí diferentes credos religiosos es porque aquel estado fué gobernado, en su larga historia, por monarcas hindúes de la dinastía Dogra, por los emperadores persas (llamados mogoles) y por los sikhs.

En mirada retrospectiva podríamos evocar múltiples aspectos de este pueblo sui géneris; pero no ambicionamos llenar cuartillas con citas y fechas históricas ni con cifras demográficas. Tenemos el deseo, en cambio, de registrar las impresiones recogidas allí durante más de cuatro meses de permanencia, mientras disfrutábamos del paisaje incomparable y de la hospitalidad rústica pero sincera que nos brindó ese país montañoso y esa gente sencilla que parece guardar con celo el tesoro natural que representan sus ríos, sus nieves eternas, sus lagos y sus jardines flotantes. El paisaje de Kashmir recuerda ciertos bellos rincones del sur de Chile y esta comparación ayudará acaso al lector a formarse una idea más cabal de nuestras descripciones.

Luego de haber empleado desde el mes de enero hasta mayo de 1949 en Nueva Delhi (India), en Karachi y Rawalpindi (Pakistán),

(1) Raza india de gran tradición militar, de credo religioso opuesto al brahmanismo, que otrora fuera poderosa pero que conserva aún apreciable población e influencia. Fueron los mejores soldados del Ejército Imperial de la India. Su religión les prohíbe cortarse la barba y el pelo que esconden en grandes y apretados turbantes.

la Comisión de las Naciones Unidas que mediaba entonces en el conflicto armado surgido entre la India y el Pakistán por el dominio de Kashmir, buscó refugio en una región más templada para proseguir su labor. El calor abrasador del mes de mayo hacía imposible continuar en las ciudades mencionadas y nada parecía más lógico que solicitar la hospitalidad del propio estado que originara la guerra. Escaramuzas sangrientas se producían aún entre las tropas de ambos bandos pero en la capital, Srinagar, reinaba ya la paz. Después de adelantar algunas gestiones exploratorias, obtuvimos el beneplácito de la India y del Pakistán y la anuencia del gobierno de Kashmir para establecernos en Srinagar, donde fuimos cordialmente recibidos.

Kashmir limita con seis países y de allí su importancia estratégica. Sus fronteras dan acceso a Pakistán, Afganistán, Unión Soviética, Tibet (hoy China Roja), Nepal e India. Al producirse la partición de la última gran colonia británica y constituirse como naciones independientes la India y el Pakistán, los territorios integrados por las Provincias Unidas y por cerca de seiscientos estados gobernados por maharajahs y príncipes islámicos e hindúes, fueron adjudicados a uno u otro país en función de las mayorías religiosas que los poblaban. Aquellas regiones en que predominaba la fe musulmana formaron el Pakistán, mientras las vastas zonas ocupadas por mayorías religiosas hinduístas enarbolaron el emblema de los "Tres Leones" de la India.

Dos estados, que son los más grandes y poderosos, presentaron sin embargo, un grave problema a Lord Mountbatten quien, como último Virrey de la Corona Inglesa y como Primer Gobernador del Dominio independiente, tuvo influencia decisiva en la postrera etapa de las negociaciones que culminaron en la libre soberanía de esa colonia británica. En uno de ellos, Hyderabad, gobernaba sobre una abrumadora mayoría hinduista el Nizam, reputado por ser el hombre más rico del mundo y que profesaba el islamismo mientras en Kashmir, por el contrario, reinaba sobre una población casi totalmente musulmana el Maharajah Hari Singh, mediocre gobernante de credo hinduista que carecía de prestigio ante sus súbditos. El primer caso fué

resuelto por la India *manu militari* mediante el envío de tropas que ocuparon Hyderabad. El Nizam acató las órdenes y cesaron los disturbios a principios de 1949, pero el problema de Kashmir adquiría proporciones inesperadas que habían de traducirse en sangriento desenlace. El dictamen de Lord Mountbatten recomendaba a los dos gobiernos que alegaban tener títulos sobre Kashmir, practicar allí un plebiscito que determinase, por la libre expresión de la voluntad popular, su adhesión a la India o al Pakistán. Este último veía grandes probabilidades de triunfar por tal procedimiento, pues la mayoría musulmana se calculaba entre los kashmiris en un noventa por ciento. Aprovechó esta circunstancia, como era lógico, para realizar sinceros esfuerzos en favor del plebiscito que podía darle el dominio sobre esas tierras codiciadas por razones estratégicas y económicas. Apoyado en bases tangibles, y sorteando con astucia las dificultades, el gobierno de Karachi (capital de Pakistán) instigó por fin una rebelión de las belicosas tribus musulmanas del Gilgit y de otros parajes vecinos que descendieron de sus montañas para perpetrar violento ataque contra el "Valle Feliz". Quedó así en jaque la autoridad del Maharajah Hari Singh quien, presa de pavor ante el eventual saqueo de su capital, clamó por la ayuda de la India firmando sin tardanza un "Acta de Adhesión" a ese gobierno. Lord Mountbatten, que se desempeñaba aún como gobernador, aceptó la adhesión sin anular, no obstante, su recomendación plebiscitaria, y el Primer Ministro Nehru —que jamás ha disimulado su predilección por los encantos de Kashmir— envió sin tardanza fuerza aérea y tropas de tierra en defensa del estado que consideraba ya legalmente como parte de la India. La victoria fué fácil para el ejército regular indio que intervino aguerrido y bien equipado después de su reciente actuación en la última guerra mundial. Las tribus del Gilgit combatieron ferozmente hasta en las puertas mismas de Srinagar, pero tras corto tiempo hubieron de emprender la retirada hacia sus montañas. El desarme de estas tribus que formaban la fuerza bélica del gobierno títere llamado de "Azad-Kashmir", sostenido por los hombres de Kara-

chi, constituía y constituye aún el primer paso para crear un clima propicio al plebiscito.

A raíz de estos acontecimientos, el gobierno de Nueva Delhi denunció ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas la agresión de Pakistán y allí, tras largos debates en que participaron Gopalaswami Ayyangar por la India y el brillante orador y jurista Zafrullah Khan, por Pakistán, el Consejo acordó enviar *sur place* una comisión mediadora cuyo mandato explícito era restablecer el orden y preparar el terreno para realizar el plebiscito aconsejado por Lord Mountbatten. No era esta tarea fácil ni grata, pues sin usar de metáfora, la sangre había ya llegado al río y la enemistad entre los dos pueblos se ahondaba por momentos. Además, la autoridad efectiva de Kashmir estaba en manos del Sheik Mohammed Abdullah, líder musulmán de grande influencia, pero incondicionalmente leal a la India, pues le unía estrecha amistad con el Primer Ministro Nehru con quien había compartido varias veces la prisión durante los arduos años de lucha contra el yugo de la corona británica. Esta posición del jefe del gobierno kashmiri, que en el fondo perseguía solapadamente la independencia definitiva del estado no facilitaba, por cierto, la restauración del orden ni la creación del clima propicio para llevar a cabo un plebiscito imparcial. La comisión, integrada por delegados de Argentina, Bélgica, Colombia, Checoslovaquia y los Estados Unidos, agotó sus recursos y no sin trabajo y sacrificios logró por fin pacificar la región y establecer una línea de cese del fuego que aún subsiste, pues los mediadores y árbitros que le sucedieron no adelantaron ni una pulgada más en la empresa de encontrar una fórmula conciliatoria (1). Se llegó, en la euforia y optimismo del primer momento, hasta designar al almirante Nimitz, candidato del Pakistán y héroe de la guerra en los mares del Pacífico, como Administrador Plebiscitario y ya todo parecía resuelto en el papel porque no contábamos con la porfía y habilidad que desplegarían ambas partes liti-

(1) Omitimos voluntariamente en este relato los nombres de los integrantes de la comisión y de los mediadores que le sucedieron porque no pretendemos dar a este artículo alcance de documento internacional o histórico.

gantes para defender lo que —con o sin razón— estimaban ser su legítimo derecho. Nimitz —cuya presencia no deseaban ni la India ni Kashmir— estuvo a punto de partir de Nueva York el 29 de abril de 1949 y la comisión debió echar sobre sus hombros la responsabilidad de impedir ese viaje que habría sido no sólo intempestivo sino vejatorio para tan alto exponente de la armada americana.

Hemos creído oportuno ilustrar al lector acerca de nuestra misión político-diplomática en Kashmir pero no abrigamos el propósito de relatar, día a día, las angustias que nos proporcionaron los personeros de la India y del Pakistán. Hombres muy hábiles todos ellos, sabían armonizar en sus procedimientos la fineza, la astucia y la paciencia del oriental con la capacidad, la educación y la frialdad del diplomático británico. No bastaba leer sus notas, escritas en el más clásico inglés, pues precisábamos también descifrar su sentido y su alcance. El conjunto de tales características constituía sin duda dos formidables equipos de negociadores y en ellos brillaban, con luz propia, tres maestros: Sir Zafrullah Khan, Ministro de Relaciones Exteriores de Pakistán; Jawaharjal Nehru, Premier y Ministro de Relaciones Exteriores de la India y el subsecretario de esa misma cartera, Sir Girja Shankar Bajpai. Las situaciones provocadas por estos hombres solían ser curiosísimas e inesperadas, pues se conocían íntimamente entre ellos. Y en efecto, Zafrullah Khan y Bajpai se habían sentado otrora juntos en el Consejo del Virrey representando ambos a la India unida durante la administración británica que les otorgara a ambos el título de “Sir” por sus eminentes servicios. Habían sido —en otras palabras— colegas de gabinete por muchos años y de esa intimidad pasada surgían, como era lógico, observaciones cáusticas y mordaces que empañaban aún más la escasa armonía que confrontábamos para cumplir nuestro mandato.

Pero volvamos ahora a Srinagar, la capital del estado que nos ocupa y que es llamada con razón “la Venecia del Asia”. La ciudad se extiende entre siete viejos puentes de madera tendidos sobre el río Jhelum que baña, cual serpentina, los pies del poblado esparcido en amabas riberas a lo largo de tres o cuatro millas. Los nativos ricos y

pobres moran en casonas milenarias y dispares en las que se penetra por roídos peldaños de piedras seculares después de llegar hasta ellos en pequeñas embarcaciones. Los portalones de entrada dan invariablemente sobre el río y el medio de comunicación más usual en Srinagar es la “chicara” que poco difiere, salvo en sus ornamentos exteriores, de la góndola veneciana. Como en esta última bogan en ella uno o dos remeros que ocupan la popa de la pequeña embarcación mientras el pasajero reposa en mullidos colchones bajo un toldo cubierto de alfombras multicolores. La vida de Srinagar está en sus lagos y en su río pero a las orillas del Jhelum no acuden moribundos ni fieles del hinduismo a postrarse en oraciones como ocurre en Benarés ante el Ganges. Aquí se respira tranquilidad, armonía y poesía. En las noches de luna el río se anima con bullicio y melodías mientras los enamorados cantan en las “chicaras” que van y vienen entre los lagos unidos por el Jhelum. Las pesadas compuertas que permiten navegar de un lago a otro son rústicas y mohosas porque cuentan centurias de vida. Sus engranajes gimen con lastimero aullido y funcionan lentamente pero no se oyen protestas de quienes esperan porque nadie parece tener prisa en llegar a su destino. Se comprende allí todo el encanto y todo el sabor que ofrece el poder vagar sin horas y sin rumbo.

En las callejuelas que bordean el Jhelum y en los mismos puentes florece el más variado comercio pues es sabido que el artesano de Kashmir goza de bien ganada fama universal. No sólo es un artista del telar sino que pinta primorosas miniaturas y esculpe la madera con maestría. Trabaja también la orfebrería en cobre y plata y estas industrias que no requieren para producir sino las hábiles manos del hombre, florecieron allí desde hace muchos siglos hasta alcanzar, durante la dominación inglesa, un considerable desarrollo motivado por la demanda de los miles de europeos que viajaban a Kashmir ansiosos de disfrutar de sus bellezas.

La industria de Kashmir que goza acaso del mayor prestigio es —y con justicia— la de sus famosos chales tejidos con finísimas lanas fabricadas con plumas de aves. Pero dentro de esta selección existe

también una jerarquía y las máspreciadas por su suavidad son aquellas tejidas con plumas de cuello de paloma. El chalón realmente fino no deja sentir su peso y su flexibilidad es tal que cabe, por grande que sea, en el puño de la mano. Como prueba espectacular se le hace pasar, sin esfuerzo aparente, por una argolla de matrimonio y queda así consagrado como una auténtica joya. Pero no se crea que estas nobles prendas las regalan en Kashmir, pues su precio alcanza a veces a más de mil dólares. Es obvio anotar que chalones de este costo se tejen sólo en número limitadísimo para el uso de príncipes, maharajahs y millonarios excéntricos. En cambio, el chalón corriente, que de por sí es maravilloso, tiene su precio alrededor de los cien dólares y goza de constante demanda. Los kashmiris son también muy hábiles en la fabricación de los más variados objetos de *papier-maché* decorados con primor a semejanza de las pinturas sobre laca que son el patrimonio artístico de los chinos y japoneses. Su técnica radica en la preparación del material y en la pericia de los artistas que manejan finísimos pinceles para estampar coloridas escenas cuyos motivos más frecuentes son las cacerías de animales feroces, los juegos de polo a la usanza persa y los paisajes bucólicos.

Cuando nosotros llegamos a Srinagar, recién terminada la primera y violenta etapa de la guerra fratricida, los artistas y comerciantes se quejaban —y no sin razón— porque el Gobierno de la India había prohibido a los extranjeros franquear los límites de Kashmir. Muy pronto muchos de ellos se acercaron, con no disimulado interés y curiosidad, al numeroso “elenco” de las Naciones Unidas que representaba desde luego una treintena de clientes en potencia. Nos invitaron a visitar sus negocios que algunos atienden en casas de botes a orillas del río y otros en vetustas mansiones llenas de misterio. Ellos mismos, o tal vez sus antepasados también mercaderes, se han bautizado con los más extraños nombres. El más acaudalado se hacía llamar, por ejemplo, “Suffering Moses”, o sea, “El Moisés que sufre”; a otro se le conocía por “Pitiful Peter”, que debe traducirse como “Pedro, el que inspira piedad”; un tercero se apodaba “Smiling Sam”, o sea “Samuel el sonriente” y también recor-

damos a "Juanito el Barato" cuyos precios no siempre estaban de acuerdo con su rótulo de "Cheap Jones". Tal variedad de nombres denota sin duda imaginación y deseo de diferenciarse entre ellos, pero no dejaba de ser curioso que bajo tanta fantasía de apodos las personalidades de los mercaderes fuesen gemelas.

Practicaban todos, como regla del juego, la más desleal de las competencias para probar, por cualquier ardid, que lo que el uno vendía era mejor que lo que mercaba el colega. Bajaban y subían los precios al antojo, desconocían la ética profesional y engañaban al cliente sin asomo de remordimiento. Como fruto de esta experiencia hemos llegado a la conclusión de que para comprar en Kashmir o en otros lugares de la India y del Oriente se precisa ser avezado, tener una buena dosis de paciencia y mucho de buen gusto, pues de lo contrario el viajero llenará infaliblemente sus baúles con objetos inservibles y que le parecerán odiosamente feos cuando llegue el momento de ubicarlos en su residencia de Occidente. No es esta observación antojadiza, pues comprobamos muchas veces su certeza al visitar en Nueva York los hogares de algunos amigos que convivieron con nosotros en la India.

Vecinos a las orillas del "Dal Lake", que es acaso el más hermoso de los tres lagos de Srinagar cuando la primavera cubre de lotus rosados sus aguas claras, están los jardines de Nazim y Shalimar, dibujados y plantados por los Emperadores Mogoles (persas) que reinaron sobre la India en los siglos XVI y XVII. El ilustre Akbar, monarca de grata memoria por su espíritu de justicia y por sus grandes obras, gustaba de viajar en verano desde Agra su capital, hasta Kashmir al paso lento de las caravanas de elefantes. Cuenta la leyenda que el emperador y los príncipes de la corte eran precedidos por sirvientes que sembraban el camino de ricas alfombras a fin de evitar que los elefantes que portaban la realeza sobre sus lomos redondos levantaran polvo con el pisar de sus poderosas extremidades. Corrobora esta versión el que hasta hoy en día sea la "pata de elefante" el distintivo clásico que lucen en sus dibujos las famosas alfombras de Buchará. En todas ellas se encuentra esta marca reco-

nocida por los expertos y que no está allí por mera casualidad sino porque obedece a una tradición y al recuerdo de los gloriosos monarcas mogoles (1) que rigieron los destinos de la India durante varios siglos de grata prosperidad. Los espléndidos jardines que formaron recuerdan como a hermanos gemelos, por la armonía y belleza de sus fuentes y sus prados, a los del Generalife de Granada. La influencia árabe se manifiesta así dondequiera que esta raza fuerte dominara en el pasado. Su obra es respetada, tanto en España como en la India, donde se conserva con esmero el precioso legado de sus jardines y palacios.

Las casas modernas que adornan Srinagar pueden contarse en los dedos de las manos y ellas incluyen el palacio del Maharajah, sus dos grandes mansiones para huéspedes y unas seis o siete villas confortables habitadas por altos funcionarios y por generales del Ejército Indio. Los delegados y el personal superior de la Comisión fuimos alojados en una de las "Guest-Houses" y disfrutamos en ella de una vida cómoda a la usanza inglesa. Las instalaciones sanitarias eran modernas y hacían contraste con los rústicos y primitivos baños del único gran hotel, el "Nedous", donde se albergaban algunos de los miembros de nuestra Comisión y varios diplomáticos que huían del calor de Nueva Delhi. Pero el mayor deleite que brinda Srinagar es la vida en los "House Boats" o casas flotantes que constituyen una maravillosa invención aplicada a ese clima y a esos parajes de encanto. Estas residencias permiten desde luego, a quien las alquila, la deliciosa fantasía de poder cambiar de barrio a su antojo. Son remolcables y se trasladan desde la ribera del río hasta alguno de los lagos para disfrutar de los baños y del incomparable cuadro de los jardines flotantes. Los jardines de los lagos de Srinagar no son cuentos de hadas pues están allí, a la vista, para caminar sobre ellos. Consisten en porciones de tierra cuya superficie varía entre mil y tres mil metros cuadrados repletos de arbustos y flores agrestes. En realidad

(1) Versión árabe y persa de la palabra *mongol* que se aplica al imperio musulmán de la India fundado por el conquistador y Emperador Baber.

no son otra cosa que pequeños islotes desarraigados que flotan y se mueven mansamente al capricho de las suaves corrientes. Quien pone el pie en ellos siente la solidez de la tierra junto con la extraña sensación que produce el lento navegar del islote.

La casa bote es, pues, toda una institución. Amobladas con impecable y sobrio gusto inglés, bien surtidos de alfombras todos sus aposentos, ofrece al huésped el calor del *home*. En la proa conecta la entrada con el *living*, luego vienen los dormitorios cuyo número varía según las dimensiones del barco y, por último, en la popa está el comedor que comunica con la casa bote cocina, *kitchen boat*, donde reside el numeroso servicio doméstico característico del oriente. Además cada *House Boat* tiene una o dos *chicaras* que se emplean para los menesteres del servicio, para navegar a tierra y para recorrer los lagos. La vida en estas originales viviendas es llevadera y colmaría la ambición de más de una dueña de casa exigente, pues no entraña problemas domésticos. Quien arrienda uno de estos botes paga una suma fija mensual por el alojamiento y la comida mientras el jefe de los *bearers*, que manda a cinco o seis hombres, asume todas las responsabilidades. En la India llama desde luego la atención la ausencia total de mujeres en el servicio y no existe allí la *femme de chambre* tan indispensable a las señoras. Tampoco se encuentran las costureras ni las lavanderas porque todas estas “labores del sexo”—como las llamamos en Chile— las desempeñan los hombres. Una dama que esté en apuros para dominar un cierre *éclair* reacio o para “pescar” un punto escurrido en sus medias debe así recurrir, quiéralo o no, a las manos expertas, morenas y sucias de algún barbudo con vistoso turbante color fucsia o escarlata.

Y a propósito de mujeres vale mentar el papel secundario que le está reservado a la esposa en el mundo islámico. Desde luego la tradición del profeta Mahoma autoriza profusión de esposas, pues él tuvo diecinueve y la ley moderna del Islam contempla cuatro en las libretas de matrimonio. Si hoy tiende a disminuir la poligamia en el mundo musulmán es porque la ley obliga al marido a mantener a sus cónyuges lo que ya resulta difícil de realizar para mu-

chos hombres, aún cuando sea en el oriente. Entre los campesinos la mujer maneja los bueyes que tiran el arado, ayuda en las cosechas y rema en los lanchones que transportan los productos por los ríos y los lagos sin dejar por ello de atender a sus hijos pequeños que con frecuencia lleva a la espalda. En la guerra de Kashmir la mujer empuñó el fusil y sólo allí compartió iguales deberes con el hombre. En las altas esferas no trabaja, pero tampoco tiene figuración especial aunque ostente el pomposo título de *Begum* cuando es esposa de un noble o de un alto dignatario. Para citar un ejemplo de estas costumbres que tanto asombran al occidental vale recordar la fiesta que ofreció el Sheik Abdullah, a la sazón amo y señor de Kashmir, en honor de nuestra comisión. No nos reunió en el interior de su casa que no era ni amplia ni lujosa pero hizo tender en cambio, en el espacioso jardín, grandes y muy altas carpas sostenidas por postes de abigarrados colores de los cuales pendían los más finos tapices. El pasto lo recubrían ricas alfombras y el interior de las tiendas contenían muebles dignos de ocupar su sitio en un salón. Agrupados en el suelo y sentados a la usanza yoga, varios músicos tocaban en extraños instrumentos monótonas y plañideras melodías árabes evocadoras del cante-hondo gitano de Andalucía. La tonalidad y el fausto del espectáculo nos trajo entonces a la memoria las estampas antiguas que reproducen escenas del *Champ du Drap d'Or*, montado en Calais, por Francisco I de Francia para recibir digna y regimiento a Enrique VIII de Inglaterra. La mesa del suntuoso banquete rebo-saba magnificencia y sentaba sesenta personas. Llegada la hora de comer, procuramos nuestros asientos y vimos, con sorpresa, que los hombres teníamos los nuestros marcados mientras las señoras eran ignoradas por el protocolo local, no obstante encontrarse en la fiesta la Begum Abdullah, que por cierto era muy hermosa. Indagada con prudencia la situación, no tardamos en convencernos de que nuestras esposas habían sido relegadas, con la propia Begum, al final de la mesa para sentarse juntas y a su mejor acomodo. Después de la cena, nos reunimos nuevamente con las damas; esta anécdota confirma cuán implacable es la tradición islámica en su trato con el sexo

femenino aún cuando el motivo sea rendir homenaje a representantes foráneos y ajenos a ese credo religioso.

Y ya que hemos descrito algo de la vida del nativo y del turista en Kashmir, recordemos que también residen allí, y en crecido número, funcionarios ingleses jubilados y militares que antaño sirvieron en el Ejército Imperial de la India. La figura de los ingleses rezagados en Kashmir o en otros sitios del país es típica y sus hábitos son inconfundibles. Pasean sus perros, juegan golf, toman té a las horas reglamentarias y beben ingentes cantidades de whisky todos los días sábados en el club local donde acuden impecablemente vestidos de etiqueta luciendo trajes de baile y smokings que fueron sin duda el grito de la moda a raíz de la primera guerra mundial. En estas ocasiones se embriagan con religiosidad, bailan con entusiasmo de niños y se retiran con la conciencia tranquila de quien ha cumplido con un rito muy serio. El domingo se les verá en Srinagar estirados sobre las terrazas de los *House Boats* dejándose acariciar por el sol con sendos sacos de hielo en la cabeza y comentando el *good time* de la víspera. Nadie superará a Rudyard Kipling en la descripción de estos personajes que han permanecido idénticos, a través de más de sesenta años, al retrato certero que de ellos hiciera el gran poeta y escritor inglés.

Este británico desarraigado de su patria brota en la India por todas partes y es fácil comprender su psicología y las razones que aduce para elegir como última residencia la tierra lejana en que vivió sus mejores años. En Londres, en Edimburgo, en Birmingham o en cualquiera otra ciudad o pueblo de Inglaterra o de Escocia la vida le resulta difícil de llevar con su escasa pensión, disminuída por los impuestos, que le impide actuar como un *gentleman*. En este exilio voluntario disfruta en cambio de sus viejas amistades con gente nativa prominente, goza de numerosa servidumbre y de otros placeres menores que le procuran la ilusión de que subsisten aún otros tiempos que fueron mejores. El inglés con sus *shorts* en el día y su *smoking* cuando ya cae el sol, su pipa, su perro, su bigote blanco y frondoso, su tez rojiza y su divina indiferencia por cuanto acontece

a su alrededor es sin duda un elemento decorativo en esos paisajes del oriente y seguramente le verán otras generaciones antes que su especie se agote.

En el pequeño Golf Club de Srinagar que frecuentábamos diariamente en las tardes como un estimulante necesario para combatir el cansancio de las rutinarias y a menudo borrascosas sesiones de la comisión, solíamos jugar en compañía de algunos de estos auténticos hijos de Albión. El recorrido era fácil pues carecía de los cerros, los bosques y los grandes árboles que constituyen los más serios escollos para los golfistas, pero, por otra parte, teníamos que enfrentarnos inesperadamente con el obstáculo movable y variado que presentaban decenas de vacas sagradas que deambulaban por los *fairways* con ese paso lento y seguro que ostenta quien sabe que la ley le ampara. Sortear este nuevo azar agregaba un sabor más al grato deporte porque nos permitía apostar a quien tocaba primero el ganado con el *drive* pero aún cuando a veces dábamos en el blanco los vacunos no se inmutaban y proseguían, como en un cuento, pastando en los prados. Y no piense el lector que este relato es fantasía porque la inviolabilidad de la vaca no es cosa de broma en la India. Existe sobre este tópico extensa legislación penal en muchos de los estados y, en el propio Kashmir sin ir más lejos, el problema ha proporcionado a las mayorías musulmanas uno de los más fuertes e irrefutables argumentos (según el criterio y la conciencia occidental) contra las leyes dictadas por los soberanos hindúes. Hasta 1950, por lo menos, el Código Penal vigente en Kashmir castigaba con varios años de cárcel al nativo que beneficiara una vaca y, en cuanto atañe al turista que intente viajar en automóvil en las buenas carreteras de la India, es conveniente que tenga presente que más le vale atropellar a un cristiano que a un animal sagrado.

Pero al evocar recuerdos de Kashmir y de su guerra fratricida faltará siempre rendir el merecido tributo de admiración a la labor humanitaria cumplida durante más de un lustro por un centenar de oficiales de diversos ejércitos del mundo, incluyendo varios enviados por Chile, y que se desempeñaron como observadores militares para

evitar violaciones de la línea de cese del fuego. Venían ellos por largos meses desde los trópicos de América, desde el centro de Europa, desde los países escandinavos y desde el lejano Canadá para llevar una vida dura bajo la inclemencia del sol y de los hielos del Himalaya. Bajaban cada cierto tiempo a Srinagar para temprar sus nervios o para curarse de enfermedades contraídas en el cumplimiento del deber. Nos contaban entonces curiosas y amenas anécdotas de su trato con los nativos y con las tropas de la India y Pakistán acantonadas en las fronteras. Recordamos que en cierta ocasión uno de los observadores mexicanos —que fueron siempre pintorescos— despertó las sospechas de un centinela indio porque su rostro moreno y el corte de su bigote le prestaban aspecto de pakistano. No hablaba ni una palabra de inglés e ignoraba por supuesto el urdú u otro dialecto. Impedido para identificarse fué arrestado y llevado al cuartel general lo que convirtió al “pakistano”, como le llamaban después, en una inagotable fuente de chanzas. Otro compañero suyo, corpulento y *bonvivant*, fué tildado de mágico porque alguna vez sanó a un enfermo con un trago de *coñac*. Contaba que estando en su carpa llegó hasta ella un hombre quejoso y él decidió “apuntarlo” con un buen sorbo de *coñac* por no tener a la mano una botella de tequila. El pobre paciente no había ingerido jamás alcohol y al beberlo fué presa de una euforia que quiso luego compartir con sus amigos. Como consecuencia de su buen gesto nuestro mexicano vió su carpa solicitada día a día por enfermos que agotaron así las reservas guardadas con esmero para protegerse de los fríos serranos. Pero por sobre sus anécdotas jocosas e insólitas aventuras, estos hombres han escrito una página de sacrificio y heroísmo en los anales de las Naciones Unidas que les deberá siempre gratitud porque fueron los más auténticos soldados de la paz. El jefe de las fuerzas de ocupación de la India en Kashmir era en nuestra época el general Thimayya, quien tuvo preponderante actuación más tarde en el problema del canje de prisioneros de guerra en Corea y en él encontraron un buen “cuarto” los observadores militares. Thimayya no omitió esfuerzos para ayudar a la labor de la comisión y fué un poderoso

resorte para lograr establecer la línea de cese del fuego entre las tropas del Azad-Kashmir y el ejército indio.

Hemos escrito estas páginas al correr de los recuerdos y ellas carecen tal vez de ordenación y profundidad porque no buscamos estampar observaciones históricas o filosóficas sobre Kashmir. Tampoco ambicionamos augurar cuál ha de ser, en definitiva, la solución del problema político y religioso que el futuro de ese estado presenta para la India y para el Pakistán, pero todo cuanto vimos y oímos allí nos induce a creer que mientras más tiempo prolongue Kashmir su *status* de semi-independencia, más difícil será, para sus hombres dirigentes, renunciar a la libertad en favor de uno u otro de sus vecinos. El kashmiri no ignora que su tierra sana, fértil y hermosa es codiciada por su ubicación estratégica y tampoco olvida que entre sus más asiduos "pretendientes" figura la Unión Soviética que ha realizado ya allí más de una astuta exploración (1).

Para el hombre de occidente, Kashmir seguirá siendo por muchos años un misterio porque jamás logrará entablar un diálogo comprensivo con el habitante de esas montañas del Himalaya... Acaso él tibetano primitivo, su vecino, hablará mejor al oído del kashmiri que el europeo o el americano.

(1) La última de ellas ha sido el reciente viaje a Kashmir de Bulganin y Khrushchev, jefes máximos del gobierno soviético, que pronunciaron allí incendiarios discursos que agravaron aún más las tirantes relaciones entre India y Pakistán.